

Hechos 10:34-38

Sermón Epifanía 1 2014 Hechos 10:34-38 Isaías 42:1-7; Mt 3:13-17

“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: —En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que lo teme y hace justicia. Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos. Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.” (Hechos de los Apóstoles 10.34–38)

En el Evangelio para hoy tenemos el sorprendente acontecimiento que se conmemora el primer domingo después de la Epifanía, el bautismo de Jesús administrado, bajo protesta inicial, por Juan. Tan pronto como Jesús había sido bautizado, así revelando su solidaridad con los pecadores, aunque él personalmente no tenía pecado, estando en la orilla de río Jordán, los cielos fueron abiertos, y se vio que el Espíritu Santo descendía sobre Jesús en forma de una paloma, y permaneció sobre él. Luego se oyó una voz desde el cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Así que Dios mismo proclamó su agrado por la misión que emprendía Jesús en este momento de cumplir toda justicia, de tomar sobre sí la carga de todos los pecadores, de santificar también nuestro bautismo y hacerlo un precioso medio de gracia que nos promete perdón de los pecados y vida eterna.

Nuestro texto de hoy nos ayuda a explicar el significado del bautismo de Jesús y las señales que lo acompañaron. En él, Pedro explica a Cornelio, que es un gentil, un centurión romano, que en Cristo hay salvación para todo el que cree. Consideremos el tema hoy: El evangelio trae paz por Jesucristo. I. Cristo es Señor de todos. II. Cristo fue ungido con Espíritu Santo y poder. III Cristo libró a los oprimidos por el diablo. IV. Así hay salvación para todos los que creen en él (v. 43).

Pedro habla el sermón de nuestro texto en la casa de Cornelio, un centurión romano, un gentil. No sólo él estaba allí, sino muchos otros gentiles que Cornelio había invitado de entre sus

parientes y amigos. No era fácil que Pedro llegara allí. Dios tuvo que darle una visión de animales que hasta entonces nunca había comido porque según la ley judía eran inmundos. Pero una voz celestial le había mandado, “Toma y come”. Cuando esto había sucedido tres veces, y justo entonces llegaron mensajeros de Cornelio invitándolo a venir a su casa para entregar a él un mensaje de Dios, Pedro reconoció que Dios le estaba indicando que no debería temer ir a la casa de Cornelio, porque “lo que Dios ha limpiado, no lo llames tú inmundo”.

Es en vista de todo esto que Pedro comienza diciendo: “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que lo teme y hace justicia”. Es importante entender lo que Pedro está diciendo aquí, y lo que no está diciendo. Lo que no está diciendo es que a Dios no le importa lo que uno cree, con que crea algo y trate de hacer el bien. No es cualquier dios que salva, sino el Padre de Jesucristo, y Cristo, y ningún otro, es Señor de todos. Puesto que nadie realiza la perfecta justicia en su vida, todos necesitan arrepentirse y creer en Jesucristo para ser salvos. Esto fue el mensaje de Pedro a los judíos, a quienes Pedro predicó en el día de Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Y es lo que predicará a Cornelio y sus allegados aquí cuando les dirá que “todos los que en él crean recibirán perdón de pecados por su nombre”.

Lo que Pedro sí está diciendo es que no hay barrera de nación o raza, de posición social o económica. Los judíos que tenían la ley tenían que arrepentirse y creer en Jesús para el perdón de sus pecados, y los gentiles entran en el reino de Cristo bajo la misma condición, el arrepentimiento y la fe en Jesucristo.

Pero Pedro, al hablar a estos gentiles, no pasa por alto lo particular del papel preparatorio de los judíos. Ellos habían sido escogidos para recibir y preservar la promesa de salvación. No fue accidente que Jesús naciera judío e hiciera su obra salvadora en los confines de Israel. Esto fue conforme al plan anunciado por Dios con anticipación. “Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo”. Jesús aquí es presentado como uno que proclama la paz, en el sentido del Antiguo Testamento. La paz significa en primer lugar la restauración de la relación debida con Dios. Y luego incluye todas las demás bendiciones que Dios derrama

sobre los suyos. Lo que Jesús hace es proclamar la paz con Dios como algo que él mismo lograría con su muerte en la cruz y su resurrección.

Ahora, si este mensaje fue enviado a Israel, ¿cómo es relevante a las necesidades de Cornelio? ¿Cómo es relevante a las necesidades de nosotros? Pedro nos da la respuesta con su declaración acerca de Jesús: “Este es Señor de todos”. Aunque fue enviado a Israel, fue enviado para todos. Aunque redimió a su pueblo, lo hizo para también redimir al mundo, para invitar a judíos y a gentiles a creer en él y hallar esta paz con Dios en él.

Pedro sigue con su sermón: “Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”.

Jesús fue ungido con el Espíritu Santo y con poder. Esto es lo que sucedió en el bautismo de Jesús. Allí descendió sobre él el Espíritu Santo desde el cielo. Aunque Jesús es Señor de todos, y es él que juzgará a todos, había venido en forma humilde, para servir, no para aplastar todo con su poder divino. Así que, como ser humano, que no estaba usando las prerrogativas divinas que se habían comunicado a él cuando se hizo un ser humano, el Espíritu Santo vino sobre él para acompañarle y darle fuerza para hacer toda su obra y predicar todas las palabras. Aunque Dios da su Espíritu Santo a todos los creyentes, nos dice la Escritura que Cristo tenía el Espíritu sin medida. También el Padre reveló que él acompañaba a Jesús en esa ocasión, cuando declaró: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Con este ungimiento por el Espíritu Santo, Cristo realmente es declarado como el Cristo, el Ungido, el que Dios designó para establecer la verdadera paz entre Dios y los hombres. Así que aun en su estado de humillación, pudo combatir a Satanás, “este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo”. Aun los milagros en servicio del evangelio que proclamaba fueron parte de su conflicto con el gran enemigo de la humanidad, el diablo. Aun las aflicciones físicas que Jesús alivió fueron parte de la opresión del diablo, una parte de la maldición que trajo al mundo cuando Adán obedeció a él más bien que al Dios que lo creó. Ahora Jesús comenzó a aliviar el sufrimiento humano, en señal de lo que será plenamente realizado para todos los que creen en él en la eternidad.

¿Cómo pudo Jesús hacer todo esto y luego conquistar finalmente al diablo con su muerte y resurrección, algo que ningún mero ser humano podía lograr? “Porque Dios estaba con él”.

Constantemente Jesús declaró que él hacía las obras de su Padre. Y el Espíritu le fortaleció según su naturaleza humana para cumplir a la perfección toda la voluntad salvadora de Dios.

Pedro terminará este sermón declarando que aunque vino para declarar paz a Israel, esa paz no se limita a Israel. Más bien: “De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él crean recibirán perdón de pecados por su nombre”. Dios no muestra favoritismo. Envió a Jesús para anunciar la paz a Israel, para todo el que creyera en él, y ahora ofrece lo mismo a Cornelio y todos los que le acompañan en esta ocasión. Cada uno de ellos que ponga su confianza en Jesús, aunque no siguen las costumbres judías, también recibirán el perdón de pecados por el nombre de Jesús.

Y, hermanos, lo mismo se ofrece a cada uno de nosotros. Todo el que reconoce y deja sus pecados, y cree en aquel que ganó con su muerte el perdón de los pecados, recibirá efectivamente el perdón de los pecados. Es la promesa que hace la proclamación del evangelio hoy también. Es lo que Dios prometió a cada uno de nosotros en nuestro bautismo. Es lo que nos declara en cada celebración de la Santa Cena. Creámoslo, y habremos entrado también en la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Amén.